

Dramática Latinoamericana de Teatro/CELCIT N° 26

# ESTRELLA NEGRA

Adriana Genta

Octubre de 1811. Sala principal de una casona colonial montevideana. La negra Estrella se mira al espejo mientras hace cara, ensaya sonrisas y besos, baila...

**ESTRELLA:** Diosa del baile, del carnaval, princesa del Rosario, reina de San Benito y de San Baltasar. ¡Voy a volver a ser soberana! Si hasta parezco una señora, acá sentada. Me ponen así: unos brocados, un canapé, una alfombrita a los pies, una seda sobre el cuerpo y una joya discreta y ya está... no desmerezco en ningún salón. Si me viera el ama... probándome su ropa y mirándome en su espejo. Espejo maula. Empachado de tanto feo has de estar. Ahora sí que te ves bonito: con mi cuerpo negro, ardiente, pintado sobre tu cara fría. (*Contempla su imagen detenidamente, ensaya poses*). Ojalá hubiera estado así de bonita cuando me encontraron los sitiadores... La mantilla llevaba... Así... (*Se pone la mantilla cubriéndose la cabeza y los hombros*) Así me llevaron hasta el campamento. "ahora me pasan a degüello" pensaba yo. "La encontramos merodeando" dijo el soldado a un hombre de caballo. Y en el medio del terror me vino un coraje... Me

abrí la mantilla y dije: “¿A ver? ¡Mátenme de una vez!” ¡No! No dije así. Dije: “Maten a una madre... ¿a ver? ¡Maten!” Entonces levanté la cabeza y lo vi a él. Tenía fija la vista en mi pecho. *(Se cubre los pechos con sus manos. Se queda un instante así, entregada a su ensoñación. De pronto se oye el llanto de un bebé. Estrella sale del recuerdo, levanta al niño del canastito)*. Eso, m’hijito. Haga todo el barullo que quiera que para eso estamos solos y vaya a saber por cuanto tiempo. Métales ruido nomás que ahora no hay quien lo haga callar. *(Se lo acomoda al pecho. Prueba el sonido en el espacio)*. ¡Callar! ¡Callar! ¡Callar! ¿Oye cómo rebota mi voz contra las paredes? Parece más grande la casa así tan sola. *(Vuelve a hacerse un silencio y a escucharse sólo al niño mamando)*. ¡Pero cómo chupa! ¡Tragón! Como su padre... prendido a lo que viniera: teta, pipa, botellón... Hasta que vino una goleta, se prendió a la vela y adiós. Cuando desarrolle más el entendimiento le voy a contar cómo era su padre. Y el desgraciado se va a revolcar esté donde esté de tan mal que lo voy a nombrar. Ya me decía mi madre con razón: “Estrella, ese hombre es muy blanco, no es para usted... La va a pasar mal.” Si ni madre tuviste, ¿qué hablás? No, madre no, per padre sí y qué padre. De su abuelo puede estar orgulloso, chubito, Un hombre de verdad. Tan macho que podía hacer hijos con la baba. Así, nació yo: escupió la tierra y alcanzó. Cuando volvió por allí, al tiempo, me encontró ya hecha: chiquita y boqueando. “Qué pena que sea hembra”, dijo. ¡Mentira! Eso lo digo yo. A él no le alcanzaban los ojos para mirarme. *(Vuelve a ganarle el recuerdo)* Como el hombre de a caballo. Con esos mismos ojos de llegar hasta el fondo. El, montado en su caballo, aguantando los corcoveos. Yo, abajo, temblando. Fue entonces que yo sentí aquellas rarezas que sentía con mi padre. “Vuelva adentro de las murallas. Y no salga más por estos campos. Son parajes peligrosos”. “¿No va a apresarme?” “No tomamos prisioneras a mujeres”. *(Deja al bebé en el canastito)* ¡Atienda la delicadeza! Tenía la voz fuerte, de tambor bien templado. Yo le comprendí en seguida su belleza y su sentimiento. Me mandaba de vuelta a la ciudad para protegerme, per yo veía en sus ojos la invitación... “Qué hacemos con ella, don José?” ¡Don José era el jinete! “¡Coronel! Tómeme a su cuidado. Me paso a su bando. Me hago insurgente. Puedo cocinarle y lavarle y coserle la ropa. Ni tiene que molestarse por la paga: me va a alcanzar con su protección y su mirada. “Todo eso iba a decirle a Artigas, pero se me empezó a desbordar la leche y me chorreaba por el cuerpo y por las manos. Y me acordé de usted, chubo, que estaba aquí adentro de la ciudad. ¡En mala hora te parí! Cuando encuentro un hombre de verdad y estoy a punto de cambiar mi vida usted me viene a arruinar la fiesta. ¿Y qué ganó? Ahora nos vamos a morir los dos acá adentro... de soledad nos vamos a morir, de tristeza y después de hambre... que si no llegan más barcos no va a haber ni tasajo para comer. Y si yo no como usted no mama ¡Se lo aviso! ¿Qué voy a hacer con usted, cuando se acabe lo que dejaron los amos? ¡Ojalá me lo mate un cañonazo! Así se me termina la mala suerte que usted me trae. Y que yo me quede sola de verdad. Menos trabajo. ¿Para qué lo quiero? Para que me ande vaciando todo el día el cuerpo? ¿Para que me estropee el momento en que iba a cambiar de vida? Pasar a ser criada... ¡del coronel! Con las pocas ocasiones que tiene su madre y por su culpa se le pierde esta. ¿Se da cuenta? Iba a quedarme al cuidado de un hombre bonito y valiente.

Y ahí sí... que viniera alguien a ponerme una mano encima: iba a saltar él para defenderme. Y yo, agradecida, sonriendo, ofreciéndole lo que a él más le gusta: mis pechos. (*Se toca los senos y descubre que de uno le está saliendo leche*) ¡Otra vez la leche! ¡Otra vez! es que me vació de un solo lado. Venga a emparejar, desgraciado; termine lo que empezó. (*Lo pone a mamar*). Si se viera ahora... pura trompa. Mire, le voy a decir la verdad: usted no me trajo la mala suerte. Ya un poco tenía de antes. Aunque antes, eso sí, era más esperanzada. Pero desde que nació usted, o desde que empezó esta guerra -que es lo mismo-, ando muy desorientada. No, no, no pare de chupar, no se me ofenda, siga; que cuando usted chupa yo pienso mejor. Antes no me preocupaba por lo que iba a venir después. Porque ya se sabía. Trabajo, trabajo y trabajo. Pero esperando los días de San Benito, de San Baltasar, de la Virgen del Rosario... Pero ahora... fíjese: hasta las fiestas de los santos prohibieron. Y ya casi no queda comida ¿Qué vamos a hacer nosotros ahora? ¿Quedarnos acá solitos así como nos dejaron? ¿Qué nos queda para esperar? ¿Que se acabe la guerra y regresen los amos y todo vuelva a ser como antes? Esa esperanza ya no me alcanza porque lo tengo a usted será... o porque lo conocí al coronel y desde entonces no paro de soñarlo de día y de noche. Ya ni coronel: ahora lo sueño general. El va adelante y atrás lleva una larga procesión de gentes, caballos y carretas. Yo voy de reina con mi vestido de fiesta de guardar, mi mantilla y mi prendedor. El se da vuelta y me mira. Me mira y me mira como sólo él sabe mirar... (*Se queda metida en su ensoñación, luego reacciona con fuerza*) ¿Y si me voy con él? (*El bebé llora*) ¡Los dos! Usted y yo, juntos. ¿Por qué no? Si pude una vez cruzar la muralla, puedo dos. Dejamos todo. Adiós la casa, adiós los amos, adiós Montevideo. Nos escapamos y nos vamos para siempre con don José. Busco el campamento. Si lo encontré una vez, lo encuentro dos. ¿Le gustaría, chubo? Yo con él y usted, crecidity, corriendo por allí con la chiquilina. Mucha gente, mucho chuberío había en el campamento. No vamos a sentirnos solos. ¿Lo hacemos, chubito? ¿Nos vamos? ¿Le da miedo? ¡A mí sí! ¡Un miedo y unas ganas...! Se lo juro por San Benito y San Baltasar y por la Virgen del Rosario que nos vamos. (*Se oye un ruido desde el patio. Estrella se estremece*) ¿Quién anda ahí? ¡Conteste! Mire que llamo a los hombres de la casa... ¡Benito! ¡Baltasar! Mire que estoy armada y le meto un trabucazo. (*Estrella entreabre la puerta y se cuele rápidamente un gato negro*) ¡Gato maldito! Andar asustando así a la gente de paz. ¡Fuera de acá! ¡Fuera! ¡Fuera, mal bicho! (*Lo pateo con fuerza y cierra la puerta*) Chubito, ese gato apareció justo cuando estaba nombrando a la Virgen del Rosario. ¿No me lo habrá mandado ella? ¿No será una señal de los tiempos y yo lo eché a patadas? ¿Y si era el maligno y ahora se retiró ofendido? (*Estrella comienza un exorcismo donde se mezclan el rito tribal, las cábalas personales y el ruego cristiano*) ¡Virgen del Rosario! ¡Señora mía! Usted que es mujer y madre sola como yo ¡Atiéndame! Escuche mis ruegos. Muéstreme el camino del bien, que estoy muy confundida. Mire que la confusión propicia al maligno. Deme una señal, Madre, para que sepa que usted está conmigo. Dígame que es buena acción irme con el chubo al campamento. O no. Hágame saber que no debo. Que este es mi lugar, el que me merezco... y que es soberbia soñar otro. (*Se queda de pie, expectante, mirando a lo alto*) ¿Por qué no me manda señales, Madre? ¿Estoy en falta?

*(Vuelve a arrodillarse y a recogerse en actitud de oración, pero se levanta de golpe). ¡Es que la tengo escondida! (Corre hacia el baúl y saca del fondo una estatuita de la Virgen del Rosario) Como para oírme, Señora, desde ese fondo oscuro. Para darle protección lo hice. Para que no la destruyan si nos atacan los cañones. No era para no verla. (La coloca frente a ella y se arrodilla) Si no hay nada más lindo que su carita cuando tengo miedo... Ayúdeme a entender, lo que es malo y lo que es bueno. ¡Es tan difícil saberlo! ¿Dios y el demonio se reparte los bandos en la guerra? ¿Dónde están los justos y dónde los pecadores? Hablan tantas cosas de unos y de otros. ¡Madre! ¿Y si no me importara nada lo que dicen y me dejara llevar por el corazón? ¿Usted me perdonaría si me equivoco? ¿Es pecado dejarse arrastrar por la invitación de los ojos? Los ojos me los dio Dios para conocer al mundo y a la gente ¿quién soy yo para despreciar un regalo divino? Y mirándolo supe que Artigas es mi hombre... Acá (Se aprieta el vientre) me quedó el agujero de no estar con él. ¿Es sólo un pedido del cuerpo y tengo que ahuyentarlo? ¿O es que aquí mismo, en este rincón, se esconde el alma y es... es... (en voz muy bajita) amor... este revoltijo que siento? Virgencita, escúcheme, no me deje tan sola y sin respuestas. Le prometo que igual voy al padre Esteban y me confieso como se debe, pero dígame usted derecho, en medio de este silencio, de corazón a corazón, de madre a madre, de mujer a mujer, dígame lo que debo. ¡Una señal, Señora! Para saber si es buena esta ilusión que llevo. Una señal, Señora. (Empieza a detectar un olor en el aire) ¿Es usted, Virgen Santa? ¿Huelo bien? ¡Sí! ¡La siento! Es usted la que se me mete por la nariz, adentro de mi cuerpo. Es el olor de su santidad que se me desparrama por el corazón y la cabeza. ¡Chubo, la Virgen está con nosotros! ¡Nos vamos! Nos vamos con el coronel. Nos van a recibir con los brazos abiertos. El nos va a hacer entrar en el cuartel. Y yo voy a ocuparme para siempre de sus cosas. Voy a tenderle la cama... con las sábanas bordadas que me lleve de la niña Consuelo. Y unas bolsitas de lavanda para perfumarle la ropa. Y voy a quedarme al lado esperando que él mande sobre mí lo que quiera mandar. Y lo que yo quiero que él mande. Estrella negra sobre las sábanas blancas y sobre ella el coronel que pronto va a llegar a general. El peso del general. La boca del general. El cuerpo de don José... ¡Virgen Santa!*

*(Confesionario de la iglesia. Estrella arrodillada, se confiesa. Habla precipitadamente)*

**ESTRELLA:** Sit nomen domini benedictum. Padre Esteban, me voy. El Cielo me bendijo con la alegría y la esperanza y la ilusión. Si no estuviera entre nosotros esta madera oscura, usted mismo podría ver, con sus propios ojos, la gracia divina que se me escapa por todo el cuerpo. La Virgen me amerita. Nuestra Señora me dijo que sí, que me vaya... que es voluntad del Cielo. Eso sí, bajo promesa de que yo vendría aquí, a participar a usted, padre, de mi bendición. [...] ¿Atropellada yo? Bueno, me arrepiento de mi atropello y me calmo. Sí, me calmo. Le cuento: me voy a escapar de Montevideo. Con el coronel Artigas me

voy. Mire, padre Esteban, a mí no se me hubiera ocurrido irme, pero él me convidó. No me lo dijo con palabras pero me lo dio a entender con la mirada. No voy a contarle todo, porque le juro que pecado carnal no hubo. Pero le digo que él me podría haber matado o tomado prisionera y me perdonó la vida. Por eso estoy decidida: me voy con él y me llevo al chubo. Porque no soy madre de abandonar la cría. [...] Sí, yo sé que hay que guardar lealtad a los amos, padre. Por eso pedí para irme con ellos al Río de Janeiro: porque es más fácil ser leal estando cerca. Además, yo también tenía miedo a los cañonazos y al hambre. Pero ellos no quisieron llevarme. Si ahora me voy yo, la casa puede cuidarse sola. Pero si me quedo, a mí y al chubo ¿quién nos cuida? La Virgen nos ayuda desde el Cielo y en la tierra tendría que ser usted que es como su hijo. Por eso, padre, voy a hacerle una petición: cuando usted cruce las murallas para darle los sagrados sacramentos a los vecinos del otro lado... ¿podría llevarme? Puedo ir vestida de monaguillo ¡Se lo pido! [...] ¿Pecado? Yo creo que esto no es pecado porque consulté a la Virgen del Rosario y ella me dio su bendición llenando toda la sala con su santo perfume. [...] ¿Traición? Padre... lo que se dice en la confesión queda sólo entre el pecador y el cura ¿no? [...] Sí, yo creer creo. Creo en la Virgen del Rosario, creo en San Benito, creo en San Baltasar... pero como ustedes los curas son un poco santos y un poco corrientes, no sé a cuál parte le estoy preguntando ni cuál me contesta. Déjeme que le pregunte a su hombre corriente, que es al que menos fe le tengo, con perdón del agravio: yo le abrí ahora mis secretos... pero si después un soldado del virrey se los quisiera arrancar junto con la lengua... ¿usted se dejaría mutilar antes de soltar mi confesión? [...] No, no dudo, ¡perdóneme! Me arrepiento de todo corazón... me arrepiento. *(Se está alejando del confesionario, pero vuelve)* Padre Esteban... acuérdesse siempre del secreto de la confesión.

*(Sala principal de la casona. Estrella prepara un hatillo)*

**ESTRELLA:** Pero no hallé modo de convencerlo al padre Esteban, chubo. "Que no y que no" me decía. Ni verme llorar desesperada lo ablandó. Es que los varones tienen el alma dura. Por eso más pienso en don José, más me empuja la fuerza de irme hasta él. A pesar de ser hombre, se le sale el corazón por los ojos. Y me llamó "señora" chubo. Se nota que es de lengua delicada y buenas maneras. Y eso que anda con las cosas de la guerra. Fíjese que rareza que el padre Esteban, que trata el bien de las almas le puso a la mía tanta pena. Ni siquiera me dio la absolución porque dijo que los pecados que todavía no se cometieron no se pueden confesar ni tienen perdón. Así que estas pertenencias de los amos me las estoy llevando sin ninguna tranquilidad de espíritu... *(Duda)* ¡Pero me las llevo igual! *(Las mete en el hatillo)* ¡Ay, chubo! No tengo paz. Me corre un relámpago desde el vientre por todo el cuerpo. Por eso no me pida para chupar ahora... terminaría mamando truenos. Esto es obra del padre Esteban que quiso llenarme de miedos. Pero es la palabra de él contra la de nuestra Señora del Rosario. Y ella es muy Virgen y él sólo cura. Ella es pariente de Dios y él sólo un servidor.

Ella es más sabia y más de entenderme. El dice que en esta casa tengo un techo y un catre y que vaya a saber qué lugar me van a dar los insurgentes, si es que no me muero antes de llegar al campamento. Eso dice él, pero nuestra Señora me mandó señales divinas para enterarme de que es bueno que yo me vaya. El padre Esteban no quiso ayudarme a cruzar las murallas y en cambio nuestra Señora -va a ver chubo- como va a alumbrar mi cabeza para que encuentre el modo de salir de Montevideo. Aprenda a amar a la Virgen. Siéntala acá (*le toca el pecho*) en el corazón. Ahí es donde se conoce a la gente. ¿Qué mira? Le hablo y le hablo. Le hablo mucho, pero sé que usted me entiende. Esos ojitos tienen el brillo del entendimiento. Algo deben hacer mis palabras adentro suyo. Le entran por las orejas y se le desparraman por todo el cuerpo. Lo que dificulta es que usted no sepa contestar. A ojitos nomás van todos sus decires. Y a griterío, a llanto, a alboroto de patas y a olores. (*Lo huele*) En este mismo momento huele a leche cuajada. Es el olor de estar lleno. (*Vuelve a olerlo*) Aquí en este rinconcito de la boca. Mmmm... ¡qué rico (*se demora husmeándolo; reacciona*) ¡No ve que usted siempre me aparta de mi camino! Tengo que estar buscando la forma de llegar al campamento y usted me distrae con sus olores. Quédese quieto ahí que su madre tiene que hablar menos y pensar más. (*Hace silencio, trata de concentrarse*) No, no me sirve el silencio: me da miedo. Y con miedo se piensa mal. Se piensa sólo en quedarse quieto y no hacer nada. Hay que pensar en lo bueno, en lo lindo. En el final del trabajo, cuando lleguemos al campamento. ¿Verdad? (*Mira al niño*) ¡Se durmió! Mi charla lo cansa. O lo calma. Usted precisa dormir para soñar. Yo no. Despierta lo sueño a él y en el aire lo veo... (*Se sobresalta, interrumpe bruscamente su ensoñación, se levanta*) ¡¿Qué fue eso?! (*Corre apenas los visillos, observa hacia la calle, suspira aliviada*) ¡Es el aguatero, Señora! ¡Qué miedo tuve! También usted... de susto en susto me lleva. Ya que no me hizo fuerte al menos podría haberme hecho valiente. (*Iluminada de pronto por un pensamiento. Toma una joya y se persigna*) Con su permiso, santa Madre y su perdón. (*Va hacia la puerta que entreabre apenas*) ¡Pst...! ¡Aguatero! Venga, acérquese un momento. Quiero preguntarle algo. ¿Usted carga en las fuentes de la Aguada? [...] Entonces tengo un trato muy beneficioso para ofrecerle... (*Agita la joya*) si usted se porta discreto. (*Explicando, a la imagen de la Virgen*) No tengo otro remedio, Virgen Santa, que ofrecerle la joya de la niña Consuelo para convencerlo. No llevo yo culpa de que el corazón de los hombres no se ablande con ruegos sino con dinero. Además, sacarme escondida en un tonel lo pone al aguatero también en grave peligro.

(*Un rato después*)

**ESTRELLA:** Chubo, perdónenme, pero tengo que esconderlo porque el buen hombre no sabe que lleva otros pasajero. (*Acomoda al bebé contra su cuerpo, bajo la ropa*) Viaje chupando, m'hijo. Mame lo que quiera, pero le pido por favor que se porte bien. No me lllore en el camino, que si llora nos descubren y si nos descubren... ¡ay!, chubo, no puedo ni pensarlo. ¡Aguánteme! que si usted no me

falla ahora, yo le prometo que nos van a llegar los buenos tiempos (*Hacia afuera*) Vaya entrando el carro, don... (*para sí*) mientras yo termino de cerrar postigos y de cubrir los muebles con lienzos porque soy de cumplir con mis deberes hasta el último momento. ¡Adelante, aguatero!

(*Un monte en las afueras de Montevideo; noche*)

**ESTRELLA:** ¡Aguatero! ¡No me deje aquí sola! No quise engañarlo. No se vaya. Fíjese: el crío ya no llora. El trato era hasta la Aguada. ¡Vuelva! ¡Aguatero...! Chubo... ¿qué me hizo? Otra vez me viene a estropear todo. Por buena me pasa esto. Por tratar de tenerlo siempre conmigo. Tendría que haberlo ahorcado el día que nació. Como hacen otras. (*Se oye un ladrido de perros salvajes. Estrella se estremece y abraza al niño contra su pecho. Poco a poco, los ladridos se van perdiendo. Estrella mira a su alrededor*) Mire qué noche... ¡Qué soledades! Virgen Santa, se lo ruego, manténgame alejados a los hombres del virrey. Y a los perros. No deje que ninguno de ellos nos encuentre. Se está levantando viento... Venga, chubo, péguese contra mi pecho que lo abrigo con mi cuerpo porque el aire frío de la noche es muy dañino. Si fuera un poco más animal, me orientaría con la trompa. El olor del coronel, tener, lo tengo. Acá en el ceño lo llevo; huele a lienzo, a potro, a varón... pero todavía no aprendí a rastrearlo. Lo mejor va a ser que nos quedemos aquí, acurrucados contra un árbol, esperando la luz. Y cuando amanezca nos echamos a caminar. Yo voy a hacer fuerza para guardar bien abiertos los ojos y las orejas contra el peligro. (*El niño empieza a llorar*) ¡Por favor, no me llore! Los ruidos atraen a los animales feroces. Venga, chupe. Chupe, pero no llore. ¡Chupe, le digo! ¿Qué pasa? ¿Se le antojó la otra teta? (*Lo cambia de pecho*) ¿Qué pasa, chubo? ¿Por qué no chupa? (*Se revisa los senos*) No hay... nada... ¡están vacíos! ¿Qué es esto? ¿Se tomó toda la leche? ¿Habrán sido los sustos del camino que me la cortaron?. Seca estoy. ¡Seca! Chubo... ¿qué le voy a dar de comer ahora? Llevo sólo un pedazo de tasajo pero usted ni dientes tiene. Se me va a morir de hambre en medio de este frío oscuro. (*Vuelve a apretarse pero no le sale nada*) Vacía... vacía... aguánteme un poco, chubo. Aguánteme esta noche que mañana seguro llegamos al campamento. Va a haber vacas. Y vecinas bien dispuestas para ofrecerle teta. Aguánteme, chubo, que falta poco y la felicidad está muy cerca. ¿Quiere que le cante? ¿Sabe que la música ahuyenta las penas y entretiene al estómago? Secretos de la raza, chubo. Secretos que voy a ir contándole de a poco... si usted me aguanta ahora. (*Canta y su letanía la adormece a ella también*)

(*Amanece. Unos pájaros enormes atraviesan el cielo. El estruendo de su aleteo despierta a Estrella. Está en la ladera del Cerrito. Desierto. Despojos*)

**ESTRELLA:** (*Registrando el lugar con espanto y dándose cuenta de que era el sitio que buscaba, ahora abandonado*) Pájaros... huesos... ¡era acá!. Y ahora... pastos aplastados y cenizas... basura... restos. Le juro que era acá ¡no lo engañé! En este cerro estaba el campamento. Me acuerdo muy bien. Allá arriba estaba el cuartel y aquí por todos lados había gente, caballos, carretas, fogatas... ¡Don José! ¡Don José! ¿Dónde está el coronel ahora? ¿Dónde están todos? ¿Qué pasó? ¿Cargaron las cosas y los hijos y se fueron? ¡Virgen Santa! ¿Por qué me abandona? (*Estrella hace un silencio expectante. Sólo se oye una ráfaga de viento*) Esta es la soledad de veras, chubo. Usted y yo en el medio del viento, solos, con los perros y los caranchos que picotean los huesos. ¿Qué hice yo para que pusieran a mi vida tanta soledad y tanto sufrimiento? Si ahora nos encuentran los soldados del virrey van a arrastrarme de los pelos hasta Montevideo... van a azotarme en la plaza... van a condenarme al enchalecamiento: este cuerpo mío retorciéndose adentro del cuero. ¡O los portugueses! Pueden encontrarnos los portugueses que andan por los campos robando las casas y armando incendios. Van a arrancarme la carne con los dientes mientras a usted, muerto de hambre, se lo tiran a los perros. (*Horrorizada, abraza a su hijo con fuerza*) ¡No! ¡No! ¡Reina de los ángeles, llévenos usted, ahora! Arránquenos de las manos de nuestros enemigos. (*Vencida*) Quiero irme ya... (*Silencio. Sólo el viento silbando entre las piedras y golpeando el cuerpo paralizado de Estrella. Permanece un tiempo así*) ¿Por qué no me deshago de una vez? ¿Qué es esta fuerza caprichosa que sostiene mis piernas? ¿Es usted Madre de los pobres? ¿Otra vez va a mandarme la maldita esperanza? Déjeme morir de una vez... Haga que me traguen estas piedras. (*Levanta al niño hacia el cielo, ofreciéndolo*) ¡Y a él tómelo! Llévelo pronto con usted. Bonito se va a ver este ángel negro en su cielo. (*El bebé llora. Luego de un instante, Estrella comienza a bajarlo lentamente, hasta abrazarlo contra su pecho, donde lo acuna para calmarlo*) No llore, chubo. No llore. Mire... allá abajo, a lo lejos se está borrando la niebla... Se ve un rancharío (*Mira al niño con pena; luego, decidida*) Voy a llevarlo allí. Para que lo saquen de esta hambruna y me lo críen bueno. ¿Quién no va a aceptar un negro tan bonito? Lo dejo en una puerta y me voy. A mí, nadie ha de quererme por acá: esclava escapada van a hallarme peligrosa. Van a entregarme a los hombres del virrey. Prefiero morirme sola. Voy a quedarme por estos montes a esperar que pase lo que tenga que pasar. Ojalá que me encuentre un viento frío y me arrastre hasta el mar y me convierta en espuma de ola... para ir y volver contra el cubo del sur en carnaval... Mire, chubito, si a usted me lo crían lindo y llega a rey de la fiesta de San Baltasar - como su abuelo-, ubique el trono frente a la rompiente para que yo lo vea reinar... algún día voy a volver a buscarlo... vaya a saber con qué forma. Quién le diga... en una de esas vuelvo a encontrarlo con este mismo cuerpo que ahora llevo. Huélame bien ahora porque el olfato es el único sentido que usted tiene despierto. De mi cara no va a acordarse, ni de mi voz... Huélame... para conocerme si algún día volvemos a vernos. (*Arrima al niño contra su cuello*) ¡No! ¡No chupe, huela! ¡Ay, chubo! ¿Por qué tiene que ser todo tan desgraciado? Fue mala suerte que nos tocaran estos padecimientos y esta guerra. En otra época habiéramos salido buenos: yo una madre cuidadosa y usted un hijo compañero.



Malos tiempos para querernos... malos tiempos. ¡Cada vez más frío este viento! Déjeme abrigarlo para que no pierda el calorcito que todavía le queda... *(Lo arroja)* ¿Qué busca con esos ojazos tan abiertos? ¿Qué me mira así? ¿Eh? ¿Se preocupa por mí? No, no lleve cuidado... su madre va a andar bien. No estoy hecha para la soledad y la tristeza... Puede ser que todavía lo busque al coronel. Yendo sin usted voy a estar más ligera. Voy a animarme por los campos. A lo mejor los alcanzo. Y cuando las cosas se enderecen y yo consiga un lugar voy a volver a buscarlo. Pero ahora lo tengo que llevar... Aguánteme un poquito más: pronto va a tener comida y abrigo. ¿Qué? ¿Va a viajar así, mirándome todo el tiempo? Está bien, míreme todo lo que quiera, chubito... Mientras usted me mira, yo camino y le canto... *(Canta, mientras comienza a avanzar con su hijo a cuestas)*

Todos los derechos reservados

Buenos Aires, Argentina. Diciembre de 2000

-

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

[www.celcit.org.ar](http://www.celcit.org.ar)